

Dos tertulias y una fábula

Antoni Puigverd (LA VANGUARDIA, 13/12/04).

Hace unas semanas estuve haciendo zapping radiofónico. Quería escuchar a dos amigos periodistas que participaban en dos tertulias distintas. Uno, en Barcelona, intervenía en un programa catalán de gran audiencia. En Madrid, el otro participaba en un programa que consigue un gran número de oyentes en toda España. En ambas tertulias, el tema resultó ser el hockey. El día anterior se había producido la asamblea de Fresno, en la que la selección catalana sufrió el gran revulcón. En Madrid, la polémica se calentó en seguida. El tono de los tertulianos era atrevido y pugnaz; las frases, afiladas como navajas.

Eran frecuentes los atropellos de voces y las exclamaciones intimidatorias. El president Maragall, ERC y, por extensión, Catalunya aparecían en la mayoría de las intervenciones como encarnación de todos los males: egoísmo, deslealtad, doble juego. La selección de hockey se convertía en el pretexto ideal para definir el supuesto odio antiespañol de muchos catalanes y para ejemplificar la fragilidad del Gobierno de Zapatero, prisionero de unos catalanes que juegan con doble baraja. Mi amigo, a pesar de afirmar que la selección de hockey "no le ponía", defendió, en aquella tertulia en la que dominaba el sentimiento españolista, que el fundamento de una democracia es la expresión de las contradicciones y que la discrepancia nacional es un derecho como otro cualquiera. Reflexionó, finalmente, sobre la complejidad española y sobre la necesidad de afrontar los desencuentros con reformas legales y pactos políticos para favorecer, si no la simpatía mutua, al menos la célebre "conllevancia" de Ortega y Gasset.

En la tertulia de Barcelona, la discusión era menos eléctrica. Se razonaba con vehemencia, sí, pero también con pulcritud. Se respetaban los turnos. El vocabulario era severo, pero libre de esdrújulas hirientes. No tendía al choque, sino a la ironía o, como máximo, al leve sarcasmo. A pesar de las florentinas formas, sin embargo, la tertulia traducía el resquemor de los ofendidos y humillados. Desde el principio, y tal como la noticia había sido formulada por los servicios informativos de la emisora, España aparecía como la pérfida madrastra y Catalunya como la huérfana maltratada, lo que determinó el general tono doliente. Hacía falta una enorme energía para poner en cuestión la idea de que, una vez más, la voraz España se había zampado a la desamparada Catalunya. Mi amigo periodista, acompañado a cierta distancia por otra tertuliana, lo intentó. Analizando el juego: "España presionó para obtener el resultado de Fresno, pero ¿acaso no presionó Catalunya?". Y dibujando un marco de prioridades: "Sin descartar, a la manera británica, la posibilidad futura de las selecciones catalanas, lo esencial en este momento es aprovechar la coyuntura favorable para consolidar la España plural: nueva financiación, reformas legales, defensa española de la lengua catalana, simbolismo compartido".

Mientras escuchaba a mis amigos, me di cuenta de una curiosa coincidencia. Lo que en la tertulia de Barcelona parecía una posición sospechosamente ambigua, excesivamente

comprensiva con España y distanciada del supuesto interés de Catalunya, en la de Madrid parecía igualmente ambigua: sospechosamente desleal con España y complaciente con el separatismo. Los espacios eran distintos; y las maneras, casi antagónicas. Pero el discurso de fondo era idéntico, excluyente: tener en cuenta el otro punto de vista, tender puentes entre Catalunya y España (y viceversa) o apelar al reconocimiento mutuo provocaba en los opinadores de Madrid y Barcelona la misma alergia, análoga incomodidad. Podría ser, naturalmente, que la menor gracia de los argumentos de mis amigos tertulianos contribuyera a desacreditar sus posiciones. Pero más allá de sus virtudes o defectos retóricos, una cosa quedó clara: la posición de los que defendían el doble sentido de pertenencia catalano-español aparecía como extravagante.

Desde los años setenta, las encuestas más serias (la última, muy reciente, en las páginas de este diario) repiten la misma canción: dejando a un lado los extremos, una enorme mayoría de la población catalana siente con normalidad, y con diversos grados de intensidad, el doble sentido de pertenencia. Y, sin embargo, en inf luyentes ámbitos culturales y políticos brilla, por encima de las vivencias reales, el fulgor de una idea: reducir el persistente sentimiento de pertenencia catalano-español a un depurado sentimiento único. Para ello, más que intentar resolver las heridas reales (la balanza fiscal, la frágil pervivencia de la lengua catalana), buscando el más amplio consenso, muchos se dedican a engrandecer las heridas virtuales (las del pasado histórico, que es maleable como la plastilina y favorece el cultivo de lamentos; y las que aportan los tiempos modernos: desde las selecciones hasta el mapa del tiempo, que tanto gusta en Valencia). Esta forma de nacionalismo doliente me recuerda a un perro que conocí hace ya tiempo. Era de raza noble, muy airoso, grande casi como un pony. Se hirió en una pierna. Le curaron la herida y se la vendaron, pero en seguida se arrancó la venda y se lamió la herida. Cada vez que lo curaban, se arrancaba la venda y, lamiéndose la llaga, impedía su cauterización. Era un perro precioso, de trote elegante. Desde entonces vivió tumbado en el suelo. Lamiéndose la herida. Y así murió.